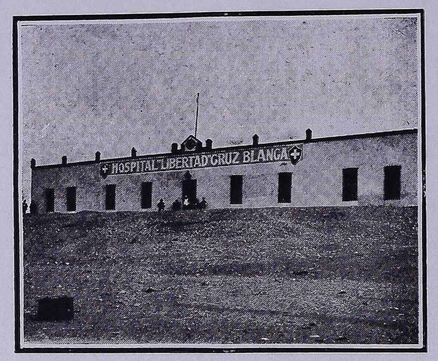
El edificio está bien colocado en la cima de un cerrillo, y era el único hospital que en Ciudad Juárez había.



En él no hay heridos.

Hermoso panorama se disfruta desde la colinita hospitalaria.

Allá, sobre el ameno valle, se desarrolla en todo su esplendor la perspectiva del "Bravo," que corre manso, delineando firmemente, con cinta de plata, que reververa intensamente al sol ardiente, la separación de estos dos pueblos, separados físicamente por un poco de agua, y psiquicamente, por inmenso é insalvable abismo.

Largo tiempo nos abstraemos en la belleza del grandilocuente espectáculo.

A nuestra espalda, una gigantesca cumbre ocre, descompone en su cúspide el oro viejo del sol que se bate en retirada.

Plácidas humaredas, ascienden inmóviles de la ciudad. Sumergida en la melancólica quietud de la tarde expirante, ciérnense sobre ella los primeros cendales vespertinos.

Hasta el centinela, un zarrapastroso orgullosísimo de su Mauser español reformado del 93, parece sentir la intensa hora crepuscular.

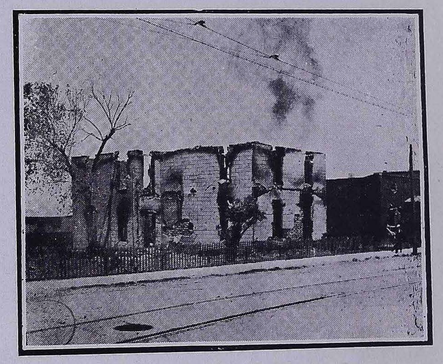
La pintoresca silueta, se recorta con vigor, por sobre el fondo que á cada paso, vá acentuando la sombra.

En la mansión del dolor, reina el silencio.

Es la trágica hora del recargo de la fiebre. Ahora, las tristes figuras dolientes adquieren, merced al contraste de luz y sombra, extraño aspecto de fantasmas, entregados á un reposo de aquelarre.

La luz huye por momentos.

Al grato perfume campesino, mézclase, de pronto, acre hedor de poderoso desin-



fectante que azota el olfato, con injuria de bofetada repentina.

Una vez más, la realidad alejó al ensueño.

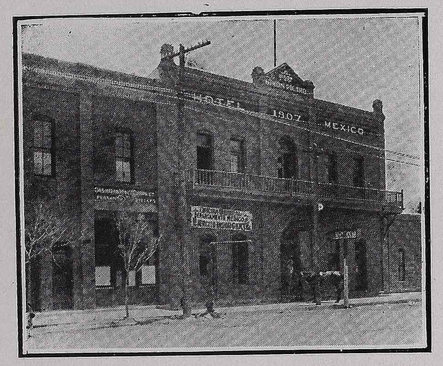
Nos alejamos de allí...

VI

HOSPITAL DE SANGRE

Estamos en el Hospital de Sangre.

Es el de la Cruz Blanca, es decir, uno de ellos, situado á pocos metros de la Aduana.



Hemos sido previamente presentados á la bellísima señorita Elena Arizmendi, y ahora, precedidos por su elegante silueta, comienza para nosotros la visión dantesca que supera en horror á cuanto vió el Divino Alighieri.

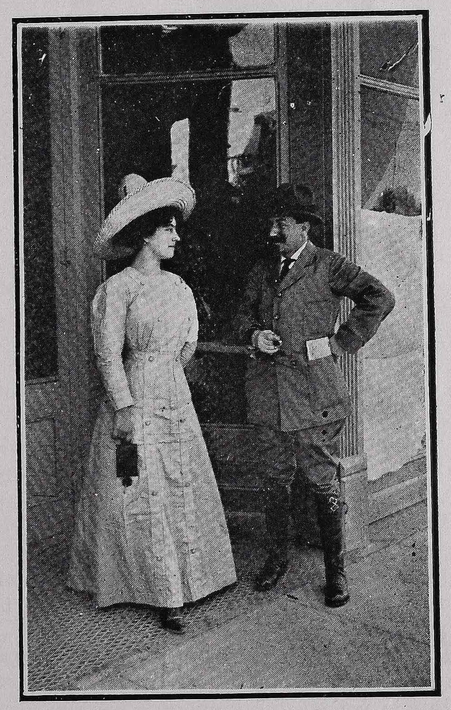
La señorita Elena Arizmendi, es nieta del señor General Ignacio Mejía, Ministro de la Guerra en el Gabinete Juárez.

Nació en México, pasando una buena parte de su vida en los Estados Unidos, especialmente en S. Antonio, (Tex.,) en donde hace dos años, llevada de su hermosa abnegación, se puso al frente del Hospital de Santa Rosa, de aquella ciudad.

Al enterarse de la guerra, ofreció sus servicios á Alfonso Madero; pero luego, cambiando de idea, al considerar que ambos bandos eran mexicanos, fuése á México, consiguiendo á costa de impróbos esfuerzos, y no menor trabajo, organizar la Cruz Blanca, que ha prestado y está prestando servicios valiosísimos en Ciudad Juárez.

Es Presidenta de la floreciente asociación, por ella creada, que cuenta con dos hospitales en Juárez. Está en vías de organización, gracias á su iniciativa, un nuevo hospital civil.

La señorita Arizmendi, verdadero ángel de belleza y caridad, es realmente



una de las figuras más simpáticas de este variadísimo kaleidescopio de la guerra, en donde ella, en lugar de lágrimas, ha dejado radiante estela de gratitud y bendiciones.